

Edmund S. Phelps: Una prosperidad inaudita, RBA, Barcelona, 2017, 573 páginas

José M. Domínguez Martínez

La obra de la que se da cuenta en estas páginas apareció en Estados Unidos en el año 2013 bajo el título “Mass Flourishing”, algo así como florecimiento o prosperidad en masa, aunque su difusión y su éxito editorial, al menos en apariencia, no guardan correspondencia con ese llamativo aunque un tanto inconcreto título. Edmund S. Phelps, Premio Nobel de Economía en el año 2006, indaga en esta obra acerca de las claves del proceso de despegue económico en algunos países occidentales, una cuestión recurrente, ampliamente estudiada y debatida, sin que, hasta la fecha, haya sido posible alcanzar un consenso entre los historiadores económicos. Para Phelps, los factores cruciales del éxito de las economías modernas radican en una versión del capitalismo en torno a la innovación. Un año después de la aparición de su libro, asistimos al lanzamiento y consumación del mayor fenómeno científico-literario de las últimas décadas, al menos en el ámbito de las ciencias sociales, de la mano del best-seller de Thomas Piketty “El capital en el siglo veintiuno”, que se sustenta en una visión completamente antagónica a la del economista norteamericano.

La pretensión de Phelps es ofrecer una nueva perspectiva acerca de la verdadera naturaleza de la prosperidad de las naciones. El meollo de la prosperidad es, según él, el florecimiento, la participación generalizada de las personas, a escala nacional, en los procesos de innovación. Acota el período histórico de la prosperidad en el intervalo que va desde 1820 hasta 1960. La prosperidad no surge de manera espontánea, sino que necesita un caldo de cultivo integrado por instituciones, actitudes y creencias, que son la fuente del dinamismo de las economías modernas.

Dentro de estas coordenadas, el autor desarrolla líneas argumentales para tratar de rebatir una serie de postulados que han venido ejerciendo una gran influencia en el debate teórico, entre los que se incluyen los de Schumpeter, Smith y Keynes, así como los ligados al enfoque neoclásico y a la perspectiva del optimismo incurable.

La economía antigua está marcada por la escasez innovadora. Phelps subraya que Inglaterra no registró apenas avances en el nivel de los salarios entre la Edad Media y la Ilustración. Sería a partir de 1820 cuando se produjo un avance de la productividad, cuyo clave radicó en la expansión del conocimiento económico. Phelps considera que “Esos dos flautistas de Hamelin, Schumpeter con su cientifismo y Marx con su determinismo histórico, confundieron gravemente a los historiadores y al público en general”. Concluye que los avances en la ciencia no

podieron ser la fuerza impulsora de la explosión del conocimiento económico en el siglo XIX, teniendo en cuenta que el saber científico tiende a estar más o menos igualado entre países.

Para Phelps, la seña de identidad básica del verdadero capitalismo es que los capitalistas son independientes, no actúan coordinados y compiten entre sí. A este sistema se contraponen el corporativismo, en el que el sector empresarial está sometido a cierto tipo de control político. El elemento distintivo de la economía moderna radica en su carácter de imaginarium, concebido como un espacio para imaginar productos y métodos nuevos. El espíritu innovador, diferenciado del espíritu emprendedor, es su pilar fundamental: “no hay imaginarium posible en aquellas economías en las que las personas no están motivadas ni animadas para innovar, o en las que no están en disposición de hacerlo. El combustible que alimenta el funcionamiento de este sistema es una mezcla de motivaciones pecuniarias y no pecuniarias... Una economía moderna da rienda suelta a la creatividad y a la imaginación, pero también consigue ponerlas al servicio del saber experto de los emprendedores, del criterio de los financieros y de la iniciativa de los usuarios públicos”.



Dispara luego Phelps munición de grueso calibre cuando cuestiona la extendida idea de que el siglo XIX fue una especie de economía infernal, al tiempo que rebate la idea de que hubiese un aumento de la desigualdad, apuntando como fuente de error a la confusión de los datos manejados por Marx: “La creencia de que, en el siglo XIX, a la mano de obra en general le tocó perder en comparación con el capital no tiene más sólida base empírica que las otras impresiones equivocadas”. Antes al contrario, según Phelps, la economía moderna trajo consigo un rápido crecimiento y, gracias a su incesante creación de

nuevos conocimientos económicos, cambió radicalmente las condiciones materiales de vida.

Aun cuando obras como las de Dickens han contribuido a forjar la imagen de penuria asociada al siglo XIX, Phelps se hace también eco del cambio de las percepciones del autor de *Oliver Twist* acerca de la industrialización y, curiosamente, de sus advertencias respecto a posibles “organizadores sindicales manipuladores”.

Phelps analiza las condiciones necesarias para el surgimiento de la economía moderna. Dos son las proposiciones que definen el modernismo: i) Una vida solo puede serlo de verdad cuando se llega a ella a través de los esfuerzos y empeños personales propios; ii) Podemos encontrar o no la felicidad, pero debemos buscarla. Se trata de ideas opuestas a las del tradicionalismo, que supeditan el individuo al grupo. Y fue el vitalismo, una nueva cultura económica, lo que se convirtió en la chispa de las economías modernas, en el elixir de su dinamismo.

En un capítulo posterior se repasa la doctrina del socialismo, abundando en la falacia de los datos relativos a la supuesta pérdida de poder adquisitivo de los trabajadores vinculada al despliegue del sistema capitalista. Phelps se adentra en las dificultades de la idea del socialismo y en los problemas para dar respuesta a las necesidades sociales de bienes y servicios. El deterioro de la eficiencia económica puesto de manifiesto por la escuela austríaca es uno de los puntos principales de análisis, al igual que la realidad de los experimentos socialistas, de los que destaca la imposición de unas rígidas igualdades.

El capítulo siguiente está dedicado a la exposición de la denominada tercera vía, entre el capitalismo y el socialismo. Phelps parte de contraponer la situación de las sociedades de la Europa medieval, en la que las clases estaban insertadas en un sistema de protección mutua, con el capitalismo moderno, que no ofrecía un pacto social similar. Esta protección social se incorpora en la segunda década del siglo XX en la doctrina de corporativismo, caracterizado por mantener el sector privado bajo el control público. En este contexto, la lectura del Manifiesto Fascista de 1919, con sus referencias a la tributación del capital, la participación de los trabajadores en las empresas o la legislación sobre el salario mínimo, podría dar pie hoy día a no pocas dudas ideológicas. Al igual que la orientación anticapitalista de ciertos movimientos políticos en Alemania en el primer tercio del pasado siglo. En el libro se repasan los signos de la evolución del corporativismo en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, cuyo avance más influyente “parece haber sido el acceso de los sindicatos a posiciones de poder político rayanas en la igualdad de los intereses empresariales”. La gran pregunta que nos plantea Phelps es si este régimen corporativista afectó al dinamismo de la economía. Su respuesta es que ha representado un freno para la innovación y que su lado oscuro radica en el traslado del individualismo del mercado al Estado.

Tras un repaso de los rasgos de los diferentes sistemas, Phelps lleva a cabo una valoración de los sistemas reales mediante una comparación del capitalismo moderno con el corporativismo y el socialismo, dentro del que diferencia distintos grados en función del alcance de la propiedad pública de las empresas. Concluye que cuando un país muestra su oposición a la propiedad privada de las empresas, su rendimiento económico es peor. Por lo que concierne al corporativismo, señala que el sistema puede funcionar protegiendo a quienes están dentro de quienes están fuera. El corporativismo implica una ralentización de la afluencia de ideas comerciales nuevas y un lastre para la productividad y el empleo.

La satisfacción de las naciones es otro de los temas que se abordan. Vuelve a incidirse en la tesis de la necesidad de contar con unas instituciones y una cultura económica que potencien la aparición de personas que conciben nuevas ideas. Según el autor de la obra comentada, el modernismo impulsa al alza el nivel de satisfacción laboral.

La tercera parte del libro está dedicada al análisis del declive económico posterior a los años sesenta del siglo XX. Inicialmente se analiza el deterioro de la economía estadounidense, manifestado en un empeoramiento de la productividad y un incremento del paro. La culpa no es imputable a la innovación, sino, más bien, según Phelps, a que esta se pare. La escasa efectividad de las medidas de política económica es puesta de relieve. Por lo que respecta al aumento de las transferencias sociales, señala que han permitido unos mayores ingresos de las personas sin trabajo pero a costa de un estancamiento de los salarios más bajos.

Frente a una serie de relatos utilizados para explicar el declive tras los años sesenta, algunos de corte populista, Phelps apela a un relato alternativo, centrado en las deficiencias en el sistema operativo institucional-cultural. Por ello, propone despejar las barreras que bloquean el dinamismo tanto en el terreno de los valores de la sociedad como en el de sus instituciones.

Seguidamente lleva a cabo un detallado y minucioso análisis de las causas del declive en el que se expone un amplio muestrario de cuestiones mercedoras de reflexión, como la contraposición de los intereses de los gestores y los accionistas, la superación del afán de innovación por el de riqueza, el auge de la cultura de “creerse con derecho”, la disminución del tiempo dedicado a pensar en el entorno de las redes sociales o los inconvenientes del teletrabajo. Llama la atención acerca de una cuestión sumamente relevante: los ingresos que los estadounidenses perciben hoy día provenientes de la denominada “riqueza social” son comparables con la renta que obtienen de su riqueza privada: “el sistema de bienestar social en Estados Unidos, aunque muchas veces tenido por muy poca cosa en comparación con el que ofrece el modelo social de Europa, es en realidad un coloso de consideración”. La causa, una falta de cálculo por los legisladores de

las consecuencias económicas asociadas a los programas de derechos y prestaciones aprobados, y, de manera particular, la disociación entre los gastos y los impuestos necesarios para la cobertura de su coste.

Mientras que, en el capitalismo moderno del siglo XIX, en la esfera privada eran los individuos los que tomaban las decisiones finales, aquel se ha transformado de manera que ha desaparecido la línea de separación entre el Estado y el mercado. El Estado ha asumido la responsabilidad de cuidar de todo. Aunque habitualmente se habla de capitalismo, en realidad se trata de un sistema regido por el poder político, de carácter corporativista. La culpa de todos los fallos se atribuye al Estado y a la falta de regulaciones.

Los últimos capítulos del libro están dedicados a la consideración de la vida buena, de lo bueno y de lo justo, a través de un repaso de las principales contribuciones filosóficas. Phelps sostiene que “la vida dedicada a ganar dinero y acumular riqueza no ofrece la gratificación y la sensación de orgullo que una vida de creación e innovación sí brinda”. Asimismo se muestra defensor de la idea de compartir pero no de que todo el mundo sea remunerado con un mismo salario por hora. Aboga decididamente por el libre mercado para la eficiencia pero no para la equidad. Por otro lado, se declara partidario de aplicar el criterio de justicia rawlsiana “a individuos que quieran trabajar, no a ermitaños”. Para él es fundamental la intención de colaborar en la generación de un excedente social redistribuible, y propugna discriminar entre los “desfavorecidos” y los “diferentes”, aquellos que optan por salirse de la economía.

Phelps efectúa una defensa de la economía capitalista moderna para maximizar la posición de las personas peor situadas y señala lo siguiente: “quienes critican el capitalismo moderno tienden a argumentar que las economías capitalistas modernas... son injustas en comparación con algún otro sistema económico que ellos imaginan, pero que no se ha construido todavía”. Ahora bien, a estas alturas otros sistemas como el socialismo utópico puede que no se hayan construido, pero sí existe una aleccionadora experiencia con el socialismo real.

Como epílogo, ante la crisis fiscal que se avecina, abonada por la irresponsabilidad fiscal asociada a la complacencia con los votantes, y después de repartir críticas entre los keynesianos y los economistas de la oferta, plantea como solución potenciar la innovación, reivindicando el papel de un conjunto de instituciones modernas en las que se basó el dinamismo de la economía moderna y que hoy están deterioradas. Entre otros factores, por el auge de la cultura premoderna, muy propia del privilegio medieval, del “sentirse con derecho”. En fin, según el economista norteamericano, “la actual crisis de Occidente puede atribuirse perfectamente a la insuficiente conciencia entre sus líderes de la importancia del dinamismo... Debemos reintroducir las ideas principales del pensamiento moderno, como el individualismo y el vitalismo, en los niveles de la educación secundaria y superior tanto para realimentar el dinamismo de base en la economía como para preservar lo moderno en sí”. Y, sobre todo, debe recuperarse el espíritu de base, “de concepción, experimentación y exploración que se extendía por la economía de abajo arriba, y que conducía, a base de perspicacia y golpes de fortuna, hacia la innovación”.

